

LA MIRADA ESQUINADA: DOBLE(S) SENTIDO(S)

Lecturas y reflexiones sobre el cine y el mundo.

Francisco Javier Gómez Tarín
Agustín Rubio Alcover*

ASTENIA PRIMAVERAL

Cuatro meses largos de vodevil tras las elecciones del 20 de diciembre solo han servido, en principio, para constatar la incapacidad negociadora de los partidos, disolver las Cortes y convocar nuevos comicios. Decimos en principio porque, por lo que se ve, va a haber algunos cambios significativos en las listas, como la alianza para concurrir en coalición entre Podemos e Izquierda Unida, y cabe la posibilidad de que el espectáculo que han dado unos y otros movilice o desmovilice votos o provoque algún corrimiento de fuerzas que decante la balanza en un sentido y propicie, o como mínimo facilite, la formación de un nuevo gobierno. Eso sí, a la vista de las encuestas (donde, según varias, la suma de los partidos antedichos únicamente compensaría el descenso en la expectativa de voto del primero de ellos), tampoco resulta impensable que los resultados sean tan calcados que nos encontremos de nuevo en un escenario similar. Cabe imaginar que, en ese caso, los candidatos se verían obligados a ceder y pactar. Pero no está ni mucho menos asegurado que si así sucede actúen con sentido de Estado.

Quizás estemos adelantando acontecimientos, pero en la presente situación resulta inevitable, como también lo es acordarnos de algo que, hace apenas medio año, aventuramos, cuando era mera especulación: que, en plena efervescencia de los partidos emergentes, podía acabar pasando que la gobernabilidad quedara comprometida hasta tal punto que sintiéramos nostalgia del bipartidismo. No ocurre tal cosa, porque hay que tener en cuenta que este *impasse* no puede ser, por definición, sino transitorio; pero sí hemos de reconocer que, hasta la fecha, tan solo hemos tenido la mala suerte de experimentar los aspectos menos halagüeños de la quiebra del sistema de partidos que nació con la Transición. Aunque, por el contrario, la implicación de la ciudadanía en la política ha aumentado de forma espectacular, y el hecho de que no haya mayorías absolutas ya supone una mejoría con respecto al modelo de antaño.

Qué pueda pasar a partir de ahora, constituye una incógnita. No parece que la hegemonía del Partido Popular como fuerza más votada esté en cuestión (si es cierto que tiene un techo, no lo es menos que tiene un suelo), y las estrategias contrapuestas de Rajoy, por un lado, y de Sánchez y Rivera, por el otro, han desgastado más a estos últimos. El electorado que huyó del PP a un Ciudadanos proclive a pactar con el PSOE podría regresar al redil, bien por miedo, bien al haber constatado que los recién llegados no son tan dóciles como pudiera creerse; y el secretario general de los socialistas ha sido el primer candidato a la presidencia cuya investidura ha sido rechazada por el Congreso en toda la democracia, en medio, además, de un marasmo interno que amenaza los cimientos de toda la organización. El ansiado *sorpasso* por parte de Podemos, en concurrencia con IU, se antoja más próximo que nunca, pero, nunca mejor dicho, está por ver; y es una jugada arriesgada para ambos, para los primeros porque si no lo logran habrán desaprovechado una posibilidad histórica que es muy difícil que se repita, y para los segundos porque, como advierten voces tan autorizadas como las de Gaspar Llamazares, la firma del acuerdo, salga lo que salga, los aboca a la condición de satélite.

Mientras nosotros estamos tan entretenidos haciendo estas cábalas, en el resto del mundo ocurren catástrofes inevitables como el terremoto que ha segado la vida de más de seiscientas personas en Ecuador (que la tierra tiemble lo es, pero no que la

miseria y las precarias condiciones de construcción hagan que el balance de víctimas se multiplique), continúa la crisis de los refugiados procedentes de Siria y otros países en conflicto, y se fragua el siniestro Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP), que los Estados Unidos están empeñados en obligar a la Unión Europea a firmar.

Todo un síntoma: hemos entrado en la era de “si te pillan, hay que colaborar con la justicia” (David Marjaliza *dixit*). Esta sentencia resulta muy clarificadora a propósito de la repugnante connivencia que se está produciendo entre corruptores y corrompidos: para salvar el pellejo, algunos empresarios han comenzado a pactar con la justicia y *cantar* acerca de su tenebroso pasado –en esto la Comunidad Valenciana se lleva la palma una vez más. Pero, además, supone el fiel reflejo de una realidad evidente: la doble moral (si no te pillan, a seguir saqueando) que han desvelado unos *papeles de Panamá* donde no por casualidad se repiten nombres de la lista Falciani o de la amnistía fiscal de Montoro –no es raro que no se quiera hacer pública la identidad de quienes afloraron dinero pagando un irrisorio 3% y riéndose a carcajadas del español de a pie, hastiado de ver que, cuando se desata la tormenta mediática, todo el mundo se rasgue vestiduras y proclame que se van a tomar medidas para perseguir a los evasores y clarificar la situación de los paraísos fiscales. Si el límite es la ley, no puede haber medias tintas; así que, si es cierto que se desea acabar con los paraísos fiscales, ese objetivo solamente es alcanzable mediante un acuerdo internacional radical y sin concesiones. Y hágase tributar a las grandes empresas como toca, sin maniobras de ingeniería fiscal. Por ahora, lo de suprimir los billetes de 500 euros, sin una contrapartida de identificación y justificación cuando se lleve a cabo la conversión, queda en un papel mojado que pretende dar idea de “buenas intenciones” pero resulta en nulos hechos.

Y volvemos al TTIP, por aquello de la ingeniería fiscal. ¿Cómo se come que un acuerdo entre Estados Unidos y la Comunidad Europea, en tanto que entes políticos de pleno derecho, se lleve en secreto, e incluso se trate de firmar una cláusula cuya letra pequeña solamente se desvelaría cinco años después de la entrada en vigor del tratado? ¿Cómo se entiende que un representante de cualquiera de los Estados de la UE solamente pueda acceder a los textos de forma secreta y con un acuerdo de máxima confidencialidad? ¿Cómo se explica que se pretenda unificar a la baja las medidas y garantías sanitarias y económicas? Las grandes multinacionales son las auténticas protagonistas del tratado, e intentan imponer sus criterios y ventajas sobre los países amparándose tras la falacia de que todo esto representará miles de puestos de trabajo. Que el poder real es el económico, lo sabemos, pero en estos tiempos en que ese poder ha rebasado todos los límites de la decencia, aún se quiere sancionar la depredación pura y dura. Eso es el TTIP, como demuestra el secretismo que lo rodea, al tiempo que pone en evidencia la catadura moral de los sumisos políticos que lo negocian por un lado y por el otro. Enhorabuena, pues, a Greenpeace por las filtraciones.

En las salas, la primavera cinematográfica ha provocado, como de costumbre, más desgracias que alegrías –ya se sabe que se trata de la estación de las alergias. Una de las escasas sorpresas positivas que nos ha deparado la cartelera ha sido *El libro de la selva* (*The Jungle Book*, Jon Favreau, 2015), una puesta al día del clásico de dibujos animados perpetrada por la propia compañía Disney, en imagen (supuestamente) real. Bastante fielmente apegada a aquel film de animación, esta nueva versión hace gala de una puesta en escena elegante y un ritmo ágil, y se beneficia del protagonismo de un expresivo actor infantil estrictamente desconocido, Neel Sethi, en el papel de Mowgli, así como de algún guiño cinéfilo (el paralelismo entre el rey Louie y Marlon Brando en

el papel del coronel Kurtz de *Apocalypse Now* [Francis Ford Coppola, 1979]) y, en la versión original, las voces de un gran plantel de intérpretes de primera fila.

Tampoco nos desagradó del todo *Race, el héroe de Berlín* (*Race*, Stephen Hopkins, 2016), una recreación en clave clasicista-espectacular de la gesta del atleta Jesse Owens en los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936: lujosamente producida, la película peca de inconsistencia en varios instantes; pero es justo en algunas de esas fisuras (como la manera tan artera e increíble bajo la que se presenta el muy discutible hecho de que el protagonista aceptara sustituir en la carrera de relevos a uno de los dos corredores judíos excluidos por razón de raza y credo, para no descomponer su imagen heroica) donde el conjunto se presta a una lectura *a contrarii*. Y nos mantuvo entretenidos *Calle Cloverfield 10* (*10 Cloverfield Lane*, Dan Trachtenberg, 2016), otro de esos resultones azucarillos propios del universo del director y aquí productor J.J. Abrams, que en este caso expande la mitología iniciada con *Monstruoso* (*Cloverfield*, Matt Reeves, 2008).

Disfrutamos, aunque con reparos, con *Mistress America* (Noah Baumbach, 2015). Con el habitual desparpajo vitalista de su director, no exento de la complicación que supone partir del supuesto de las vidas acomodadas de sus protagonistas, esta comedia transmite ganas de vivir y, al tiempo, un cierto desencanto por una sociedad que parece haber perdido sus objetivos. Cine con calidez pero poco reivindicativo en el fondo, que se ve con agrado y cuenta con excelentes interpretaciones. Eso sí, el aroma conservador llega a molestar.

Otros productos de reciente estreno, aunque no totalmente actuales, nos han dejado un sabor agridulce, como resultado de la interferencia de ciertos elementos. El primero sería el esteticismo, detectable sobre todo en *Eisenstein en Guanajuato* (*Eisenstein in Guanajuato*, Peter Greenaway, 2015): con el barroquismo y el hibridismo característicos del autor, más su brillantez para la imagen y la composición, tenemos una suma de pedantería y homenaje que solo entusiasma a los adictos y postmodernos de turno; reconociendo su fuerza plástica, lo demás es pura saturación. Pero ese énfasis también está presente en *Gui lai* (Zhang Yimou, 2014), que presenta una trama convencional y hace gala de un tratamiento académico, para una historia repleta de sensibilidad que, a la postre, se constituye en una auténtica lección de cine, si bien desde otros ángulos presenta claras insuficiencias. Y en *Shell* (Scott Graham, 2012), un relato minimalista que acontece en una gasolinera aislada en las tierras altas de Escocia, donde un padre epiléptico y su hija conviven necesitados de amor, al igual que los que van deteniéndose para recargar sus depósitos; buena realización para un ejercicio de estilo que vale lo que vale su aparato formal y poco más.

Otro componente sería el social, repleto siempre de buenas intenciones pero con logros relativos. Así, en *William Kelly's War* (Geoff Davis, 2014), especie de telefilme australiano que contrapone los destrozos familiares de la guerra con las luchas de poder de los que se quedan e intentan robar a sus vecinos en plan *western*, todo resulta muy elemental, con buenas intenciones rigurosamente desaprovechadas. *The Lady in the Van* (Nicholas Hytner, 2015) resulta agradable de ver y, aunque destila humanidad, es pobre y limitada. *Short Term 12* (Destin Cretton, 2013) hace la crónica de las vivencias en un centro de acogida: si bien la resolución de los problemas internos peca de increíble y edulcorada, tiene un hálito de emoción envidiable. *Qin ai de* (Peter Ho-sun Chan, 2014) plantea una trama sobre niños secuestrados y las vicisitudes y terrores que viven las familias, pero también las que acaban teniéndolos como propios; destacan las interpretaciones, y la realización no escamotea las zonas depauperadas de las ciudades chinas. Y *Comoara* (Corneliu Porumboiu, 2015), con la acostumbrada sobriedad del cine rumano, cuenta una historia con moralina sobre la necesidad de superar la crisis

actual, con la excusa del encuentro de un tesoro familiar que provoca la confrontación entre las personalidades de un ególatra y alguien desprendido; al final, aunque la dirección es correcta, defrauda.

Un tercer aspecto cansino consiste en la recurrencia de las técnicas discursivas propias o cercanas al documental para construir films de ficción, que funcionan bien en *Infinately Polar Bear* (Maya Forbes, 2014), curioso film a medio camino entre el testimonio y la crónica, con una excelente interpretación y que desarrolla la cotidianidad de un padre envuelto en una enfermedad maniaco-depresiva y sus vicisitudes en el entorno más íntimo. *James White* (Josh Mond, 2015) narra el proceso de autodestrucción de una familia con la madre enferma y el hijo que no encuentra su lugar en el mundo y usa las drogas para evadirse; resulta interesante pero un tanto plana. *Los 33* (*The 33*, Patricia Riggen, 2015) lanza una mirada heroica y edulcorada de los mineros atrapados en Chile cuyo rescate supuso una gesta histórica, con los únicos méritos de un buen ritmo y una aseada puesta en escena. *Mot naturen* (Ole Giaever y Martte Vold, 2014) profundiza en un personaje en una etapa de reflexión sobre sus deprimentes condiciones de vida, con un exceso de voz *out* y una reiteratividad que liquidan su efectividad. *The Smell of Us* (Larry Clark, 2014) mezcla *skates* con adolescencia, bebida, drogas y prostitución en un *totum revolutum* con momentos potentes pero muy deslavazado que está muy lejos del nivel de las películas anteriores de este realizador. Finalmente, *The Trip to Italy* (Michael Winterbottom, 2014) es continuación de la anterior película viajera y gastronómica: con los mismos actores, repitiendo ahora la fórmula en paisajes italianos, se ve con agrado, pero irrita por su banalidad y pedantería.

Al margen de estas líneas, el mejor cine del mes que hemos visto ha procedido de Francia. Así, *Mi amor* (*Mon roi*, Maïwenn, 2015), pese a su disuasorio título español, nos pareció interesante –algo menos que trabajos anteriores de su directora, como *Polisse* (2011). Se trata de una indagación en la historia de deseo y dependencia de una pareja compuesta por una abogada y un vividor, y está rodada de forma honesta y sensible, aunque algunas situaciones resultan en exceso tremebundas y al final le falla un poco el pulso. *Trois souvenirs de ma jeunesse* (Arnaud Desplechin, 2015) constituye un *puzzle* con ribetes de abstracción y diferentes usos narrativos y formales para cada pseudofragmento (con unidad espacio-temporal propia, pero no dentro del conjunto), que utiliza mecanismos narrativos propios de la *nouvelle vague* pero deconstruyéndolos, lo que hace del conjunto una *rara avis* muy interesante. *La profesora de historia* (*Les Héritiers*, Marie-Castille Mention-Schaar, 2014), pese a una caída en lo convencional y la moraleja bienintencionada en la parte final, ofrece sin duda una lección social, al tiempo que hace gala de un uso pseudodocumental de la cámara muy eficaz y útil para los tiempos que corren. Y *Madame Marguerite* (*Marguerite*, Xavier Giannoli, 2015), que reconstruye libremente el delirio de una millonaria aficionada a la ópera con nulas dotes vocales, hace gala de una excelente producción y muy buenas interpretaciones, aunque deriva en el desenlace hacia un pretencioso simbolismo.

Hasta aquí las cintas salvables, porque también hemos visto algunas mediocres o decepcionantes. *Yip Man 3* (Wilson Yip, 2015) intenta sin conseguirlo continuar la saga tan fructífera en las entregas previas, en esta ocasión como una simple secuencia de peleas con alguna que otra acotación sobre el dominio extranjero sobre Hong Kong y sus componendas. *Deadpool* (Tim Miller, 2016) nos coloca al cabo de la calle con los juegos metadiscursivos sobre héroes y superhéroes: solo se salva su tono de comedia cínica, que se agradece, pero el resto no deja de ser más de lo mismo. *El secreto de Zohar* (*The Zohar Secret*, Vladek Zankovsky, 2016) representa un auténtico disparate que parece desarrollarse en la mente del personaje: repetitivo e incluso aburrido en su

conjunto, es una lástima, porque la idea general y algún pasaje resultan muy interesantes (cine, realidad-ficción, sueños). *La hora decisiva* (*The Finest Hours*, Craig Gillespie, 2016) vuelve a la carga con el esquema del heroísmo y la audacia colectivas, con remate de historia de amor, a cuenta de un rescate verídico: menos épica y ampulosa que de costumbre, agrada que los personajes duden sobre sus propios actos.

El cine nacional ha dado casi en todos los casos la de arena. La gran esperanza del mes era *Toro* (Kike Maíllo, 2016), que ha estado por debajo de sus expectativas en taquilla. El propósito de hacer una película con un estilo muy marcado, que podría calificarse como flamenco-punk y que presenta la costa del Sol como si se tratara el Japón de un *manga*, está plenamente conseguido. Pero una cierta tendencia a la caricatura y la grandilocuencia del tono la perjudican y, sobre todo, a juzgar por las reacciones del espectador medio, la alejan del público general, al que aspiraba a acercarse. Mucho menos interés tienen dos bienintencionados debuts como *Lobos sucios* (Simón Casal, 2015) o *La punta del iceberg* (David Cánovas, 2016): el primero dilapida un asunto apasionante, como es la de la complicidad del régimen franquista con el nacionalsocialista a propósito de la extracción del wolframio en Galicia, al dispersarse entre demasiadas tramas, que degeneran en una mezcla genérica más bien indigesta en el desenlace; en cuanto al segundo, amaga con ser un *thriller* dramático de denuncia de la deriva despiadada del mundo laboral en las multinacionales, y, a pesar de que dispone de una puesta en escena más fina que cualquier película dirigida por Gerardo Herrero (productor y auténtico artífice de la pieza), acaba hundiéndose cuando la tosquedad del planteamiento político se contagia al formal. Por último, hemos recuperado dos pequeños films minoritarios, la perroverdista *Transeúntes* (Luis Aller, 2015), una obra de montaje con el encanto de los discursos de frenopático dotada de una extraña forma de belleza, y *Reset* (Pau Martínez, 2014), una muy floja tentativa valenciana de hacer una pequeña película de terror, con algún apunte atmosférico y una dirección de actores salvables.

En esta entrega, vamos a ocuparnos de *El olivo* (Iciar Bollain, 2016), por un lado, y de *La invitación* (*The Invitation*, Karyn Kusama, 2015) y *La bruja* (*The Witch: A New-England Folktale*, Robert Eggers, 2015), por otro.

EL VIEJOVEN CINE ESPAÑOL: EL OLIVO

Agustín Rubio Alcover

Existe una noble tradición en el cine español que no es privativa de él, sino que entronca con una escuela o, para hablar con más propiedad, una manera de entender el espectáculo cinematográfico, a la que pertenece el último film de Iciar Bollain, *El olivo*; una tradición con profundas raíces y aspiraciones políticas. Me estoy refiriendo a esos films que quieren ser reflejo de los universales desde la reivindicación del localismo, algo que el curso del mundo contemporáneo ha resituado en el centro del debate. Aunque solo fuera por eso, merecería la pena comentar esta película, ambientada en su primer tramo en la comarca castellonense del Baix Maestrat pero que se transforma sobre la marcha en *road movie*.

La heroína absoluta es Alma (Anna Castillo), una impulsiva veinteañera que trabaja en una explotación aviar. Ante el deterioro físico y mental de su abuelo Ramón (Manuel Cusca), enfrentado a sus hijos desde que estos vendieron el olivo milenario que había en sus tierras, la joven encuentra el rastro del árbol, que decora el *lobby* de una gran empresa alemana. A base de mentiras, Alma embarca a su tío Alcachofa

(Javier Gutiérrez) y a un compañero de trabajo que está enamorado de ella, Rafa (Pep Ambrós), para plantarse allí con un camión y traer de vuelta el olivo.

No me detendré demasiado en su principal defecto, por evidente, señalado por prácticamente todos los comentaristas y previsible: ese maniqueo esquematismo sobre el que edifica esta ficción, como todas, el guionista y a la sazón marido de la realizadora, Paul Laverty. Se puede llegar a emocionar a pesar del doctrinarismo, y Bollain se maneja bien en aquellos instantes en que posterga la compulsión por la carpintería dramática con intención panfletaria de su pareja, en aras de una sensibilidad y un trascendentalismo que remiten al cineasta de quien aprendió cine cuando era adolescente: Víctor Erice, que la dirigió en *El sur* (1983). La película es pródiga en momentos pretendidamente epifánicos de una cierta hermosura, si bien, la verdad sea dicha, es el espectador (o al menos el que suscribe) quien ha de proyectar en la pantalla una sublimidad que no está sino apuntada y que, en ocasiones, es erróneamente conjurada a base de recursos tan tópicos como unos bonitos contraluces.

Por el contrario, algunas escenas producen algo parecido a la vergüenza ajena, sin ir más lejos, la desgraciadísima broma telefónica que la protagonista gasta a su tío y que sigue a los créditos iniciales: aunque su presunta justificación (manual de guión obliga) consista en anticipar hasta qué punto Alma es capaz de estirar el engaño a su crédulo familiar, la situación carece de gracia, está muy vista, la manera en que se escenifica es vetusta, e incluso las interpretaciones, que en líneas generales son lo mejor con diferencia de la función, causan sonrojo; algo que se repite cuando, después de que caigan las máscaras en Düsseldorf, a las puertas de la mefistofélica multinacional energética donde se encuentra el olivo, los aventureros se echan espontáneamente (sic) a reír.

Resulta casi cómico el modo en que *El olivo* sucumbe a supercherías tan obvias, pero lo verdaderamente descorazonador, y parece mentira, es que la que fuera gran esperanza blanca del cine nacional hace apenas veinte años (que, como bien dice el clásico, no son nada), haya acabado haciendo un cine tan sumamente acomodaticio, autárquico, ideológicamente ambiguo (su ecologismo y su antigermanismo tienen un tufo autárquico y retardatario que echa para atrás), ajeno a las tendencias internacionales y, en suma y con perdón, *viejuno*. Y es que *no semos naide*.

EL MAL DENTRO DE NUESTRAS CASAS: *LA INVITACIÓN* y *LA BRUJA*

Francisco Javier Gómez Tarín

Ocurre esporádicamente que se proyectan en nuestras pantallas películas que parecen seguir los esquemas habituales pero que llegan a sorprendernos gratamente. Es menos habitual que esto acontezca en un espacio temporal limitado e incluso, en algunas poblaciones, coincidente en las salas. Sin embargo, es el caso de *La invitación* (*The Invitation*, Karyn Kusama, 2015) y *La bruja* (*The Witch: A New-England Folktale*, Robert Eggers, 2015), dos films cuyos puntos de contacto son múltiples pese a la divergencia de sus tramas argumentales.

En ambos títulos la acción se construye en el seno de un espacio metafórico que se convierte en un microcosmos y nos interpela. En el primer caso, se trata de la actualidad; en el segundo, de la época de las comunidades europeas fuertemente religiosas que llegaron a América del Norte en su primera época de colonización. Lo que conecta estas dos sociedades es el intento de huida hacia adelante a partir de un fundamentalismo basado en el poder de lo espiritual (religioso, en última instancia) que

desvela la fragilidad de las relaciones interpersonales cuando en un espacio cerrado cada miembro del grupo (entorno familiar en esencia) se enfrenta a sus propios fantasmas.

En ambos films adquiere una relevancia inquietante el “saber hacer” cinematográfico para generar un clima de incertidumbre (lo vivido frente a lo imaginado) sin recurrir a los tradicionales golpes de efecto y asumiendo que no se trata de provocar terror sino de mantener en vilo al espectador por lo inquietante de la planificación y/o de la puesta en escena. En el primer caso, con la utilización de planos cortos, muchas veces apuntando hacia la cámara semisubjetiva o de espaldas (o nuca); en el segundo caso, edificando una obra con referentes evidentes en la pintura del claroscuro que utiliza la noche y la iluminación con velas para introducir al espectador en un mundo tenebroso que está más en la mente de los personajes que en una supuesta amenaza de las brujas, pese a que esta pueda en algún momento materializarse.

En ambos films, pues, el clima es esencial, abordando así uno de los principios esenciales del cine con mayúsculas: el uso de la sugerencia frente a la evidencia. El terror no es genérico ni argumental, está en algo intangible que se está transmitiendo constantemente, sin aspavientos ni efectos de ningún tipo. Lo que se aborda es la presencia permanente de un trauma del pasado alimentado por la creencia de que es posible su superación a través de un acto colectivo (*La invitación*) o de la fe (*La bruja*).

Finalmente (y hay más posibilidades de conexión), en ambos films se establece un punto de contacto inequívoco con nuestro mundo actual que nos indica que el mal (el enemigo, si se quiere) no procede de un mundo exterior que amenaza, aunque este exista, sino del propio interior de nuestras sociedades, tocadas de muerte por los fundamentalismos. Pese a que lecturas metafóricas pueden llevarnos a planteamientos ambiguos (*La invitación*) no es menos evidente que la esencia del mal radica en ambas películas en una visión de mundo fundamentalista y esa creencia ciega en un bien construido a beneficio de algunos que se ha transmitido a lo largo del los años (lo que impera claramente en nuestra sociedad occidental). Así pues, para lecturas –posibles– que vean en la amenaza de estos films los fundamentalismos islámicos (no mencionados en ningún momento, pero sí asimilables por “algo que viene del exterior”), la salvación mediante el fundamentalismo cristiano (o espiritual, si se quiere) lleva hacia la destrucción sin necesidad de esperar al enfrentamiento entre bien y mal porque el mal, ese mal esencial que generan las creencia ciegas (sean de aquí o de allá), está en nosotros mismos, en el seno de nuestras sociedades, y puede arrastrarnos a todos hacia la muerte.

Hay un aliento para la salvación: la trascendencia. En este caso, los dos films concluyen con una duda que aquí no desvelaremos, y una duda conlleva siempre la formulación de una pregunta que es, a fin de cuentas, una interpelación al espectador. Es evidente que lo que se plantea como microcosmos se constata como paradigma del conjunto. Dos películas, pues, de aconsejable visión, sin grandes efectos ni estridencias genéricas, que nos colocan frente a nosotros mismos: ahora es el pensamiento racional el que deberá ganar la partida, pese a que ya sabemos que el sentido común es el menos común de los sentidos. Farolillos rojos o cuerpos en levitación, no parece que tengamos escapatoria ante el progreso de lo irracional.

* Francisco Javier Gómez Tarín y Agustín Rubio Alcover son profesores de Comunicación Audiovisual en el Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universitat Jaume I de Castellón.